**¿Qué les hace falta?**

Lo que estamos presenciando hoy en Colombia no es flor de un día ni es algo repentino o espontáneo, es, por el contrario, el fruto maduro de procesos de larga gestación que han encontrado el momento de confluencia. No hay un único plan ni un solo derrotero, pero sí una idea: llevar el país al campo del socialismo y del comunismo. Idea que, por supuesto, no se hace necesario explicitar o evidenciar.

No ha habido un solo conductor, caudillo u organización, pero, al cabo de muchos esfuerzos, algunos de ellos fracasados, emerge en el horizonte uno que es capaz de hacer converger todas las tendencias: Gustavo Petro.

Entre los haces de este proceso que se van juntado hay protagonistas muy diversos, a varios de los cuales lo que más les interesa es derrotar a Uribe y a su movimiento: periodistas, alto clero, intelectualidad, académicos, empresarios que sufren de conciencia de culpa, jóvenes endulzados por consignas que suenan bonito, políticos aventureros y oportunistas viudos del poder hace buen rato.

También hay partidos y movimientos políticos de toda índole, unos que se suben al tren a sabiendas para donde va y otros que lo hacen sin saber la meta. Periódicos, noticieros de tv, emisoras, varias de ellas propiedad de grandes empresarios que se prestan para ese juego sin que se sepan las razones de tal actitud.

Los promotores poseen una inmensa maquinaria de propaganda que hace ver el sol en las noches más oscuras, agitan consignas seductoras sobre el bienestar, le achacan todos los males al estado, a la clase dirigente u oligarquía, sostienen que en Colombia no hay democracia ni libertades, desacreditan las tres ramas del poder público, los tres pilares del régimen republicano, desacreditan a las fuerzas militares y de policía, alimentan el descontento social exigiendo que el estado asuma la solución de todos los problemas, adoctrinan a la juventud, crean versiones simplistas y fatales de nuestra historia y lo han hecho con varias generaciones desde el control que ejercen desde Fecode sobre el aparato escolar, se burlan del pasado y lo quieren reescribir a su manera, para ellos la defensa de la nación carece de sentido, consideran que la noción de patria es reaccionaria pero gritan “patria o muerte”, realizan campañas contra la familia, la autoridad, las jerarquías, el orden, hablan de una deuda histórica, azuzan el odio de clases con una retórica contra los ricos. Se asocian a movimientos alternativos que en el pasado condenaban como los LGBT, los ecologistas, los animalistas, abortistas, y todos aquellos que conduzcan a la creación de una atmósfera de caos, desorden, anarquía, desesperanza, desconfianza.

La impresión que generan en la opinión no se corresponde con lo que en realidad anida en el interior de ese torbellino, en apariencia hay descontento, malestar, rebeldía frente al estado de cosas, quieren más, mucho más y todo gratis, dan a entender que el estado debe responder por todo, una idea clave de la doctrina comunista. Esa apariencia de indefinición en apariencia inofensiva es la que exhiben movimientos como los chalecos amarillos en Francia, Black Lives Mater en USA, los insurrectos de Chile, Ecuador, Paraguay, Ecuador, pero, en el trasfondo, manejando inmensas cantidades de dinero con el que financian a los líderes y cabecillas y dirigiendo las bodegas de internautas que divulgan las consignas, están los que sí saben a dónde quieren llevar el tren sin tener que decirlo.

Desde ese inmenso poder propagandístico han logrado pronunciamientos de las agencias internacionales y de legaciones diplomáticas que les dan la razón y que pintan a nuestro país como una dictadura sanguinaria. Esa imagen sacude escenarios artísticos y ambientes frívolos que no deben saber dónde está ubicada Colombia. A la hora del baile y del trago bueno es sumarse, no saben lo doloroso del guayabo, y, sobre todo, de la larga duración del mismo.

¿Fuerzas de apoyo y de choque? Ahí están las disidencias, la Nueva Marquetalia, el Eln, el Epl, el M-19 revivido, las milicias callejeras responsables del vandalismo y encargadas de preparar la insurrección, las mafias de narcotraficantes. Está en acción la vieja combinación de todas las formas de lucha enmascarada para no desertar temores.

Por eso, estimados lectores, el movimiento no se levantó con el retiro del proyecto de reforma tributaria, ellos quieren ir más lejos, hacer la vida imposible, exigir la renuncia de ministros y hasta la del presidente, de cara a las elecciones de 2022 es “ganar o ganar” a cualquier precio: la revolución.

Es muy probable, luego de jornadas de intensa violencia contra la Fuerza Pública y con bloqueos claves en vías públicas que propongan un gobierno de unidad nacional o cogobierno. Sin embargo, parece que la euforia de los primeros días los llevó a pensar que podían llegar más lejos y por eso le impusieron al movimiento el sello insurreccional de corte maximalista, un pliego que claramente conduce a un cambio del modelo económico

La protesta ha derivado a acciones arrojadas de activistas bien preparados, arrojados y disciplinados que siguen órdenes de un Comité que es el verdadero cerebro de todo el movimiento y que no es el comité de paro. Tenderá a diluirse en la medida en que amplios sectores de la sociedad manifiesten su descontento en las calles contra los vándalos y su violencia destructora, que fue lo que presenciamos el 30 de mayo.

El gobierno del presidente Duque, a pesar de algunos errores de manejo está impelido a preparar un dossier sobre los desmanes de los activistas-milicianos orientado a demostrar lo infundado de sus versiones que inculpan a las fuerzas del orden y a denunciar el hábil manejo propagandístico del levantamiento.

Carlos Andrés Moreno Leal